Domingo 20 de setiembre de 1992

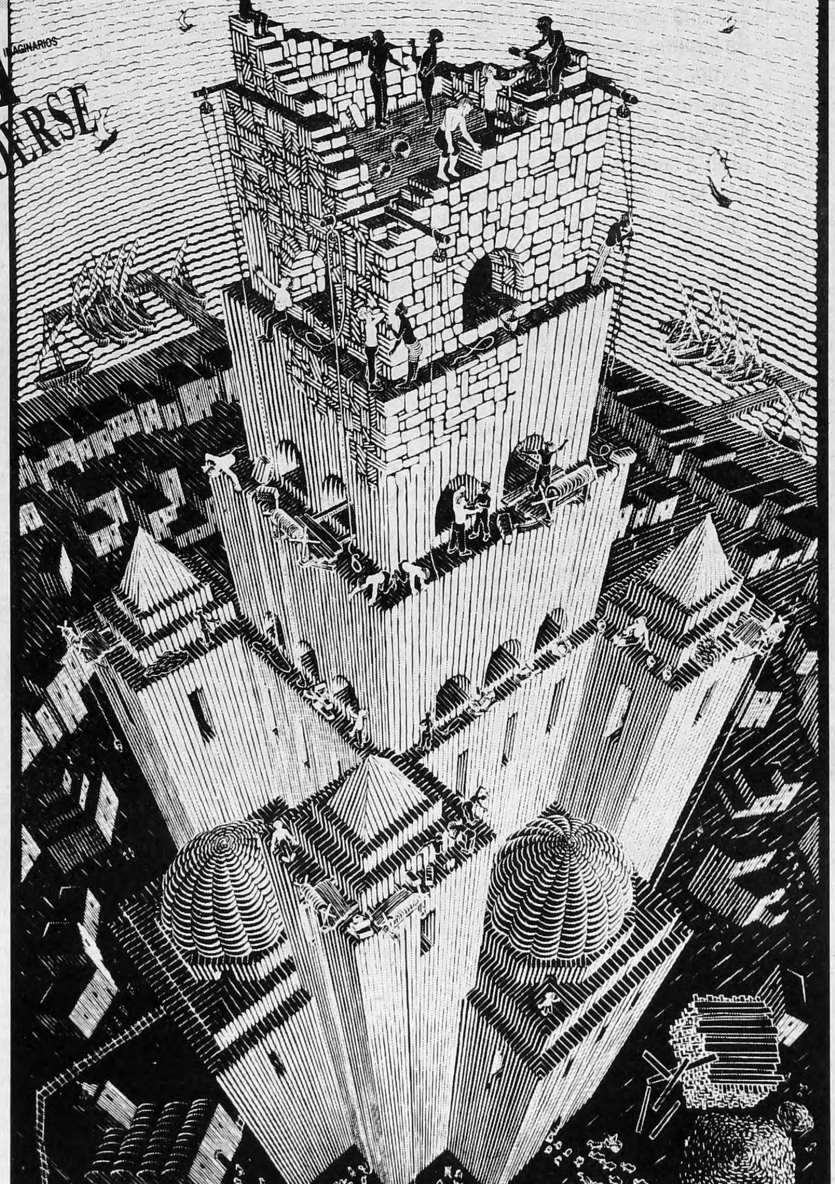
PRIMER PLANO///

Suplemento de cultura de Página/12

Editor: Tomás Eloy Martínez

VIAJE AL PAIS DE NINGUNA PARTE

GUIA DE LUGARES IMAGINARIOS PARA NO PERDERSE



¿Quién ha llegado alguna vez a la ínsula Barataria, gobernada durante una semana por el infalible Sancho Panza? ¿Cuántos lectores han visitado la Ciénaga del Desaliento, la isla de Liliput y su capital Mildendo, cercada por una imponente muralla de ochenta centímetros de altura? En el diccionario que se abre a partir de la página siguiente hay una brújula para internarse por las ciudades más hermosas de la tierra: aquellas que sólo están en la imaginación del hombre (páginas 2/3/4).

8

El aire,

Por Sergio Chejfec

ADELANTO EXCLUSIVO

GUIA

DE LUGARES IMAGINARIOS

PARA NO PERDERSE

Arkham

Vieja ciudad de Massachusetts, en Estados Unidos, atravesada por el Miskatonic, un río de aguas fangosas.

Arkham fue fundada a comienzos del siglo XVII, pero desde entonces ha cambiado muy poco. Dicen que desde los tiempos de su fundación, en las colinas de los alrededores, en el valle sombrío de piedras blancas y en la isla deshabitada del río Miskatonic se celebran terribles ceremonias. En Arkham hay edificios que son mudos testigos de siniestros sucesos: la Casa de la Bruja, por ejemplo, habitada por Keziah Mason, quien provocó un escándalo indescriptible durante su juicio, en 1692.

La Universidad de Miskatonic, uno de los centros culturales de Nueva Inglaterra, especializada en las ciencias ocultas, ha visto desfilar por sus aulas a numerosos investigadores célebres: el doctor Armitage, el profesor Wilmarth y Randolph Carter. La biblioteca de esta universidad debe su fama a los libros raros y peligrosos que contiene: el *Necronomicón* del árabe loco Abdul Alhazred, el fragmentario *Libro de Eibon*, el *Unaussprechlichen Kulten* de Von Junzt, los *Manuscritos pnakóticos*, los *Fragmentos de Sussex* y el *Culto de Goules* del Conde D'Erlette.

La historia de Arkham está repleta de episodios tremebundos. El viajero que desee visitar la ciudad habrá de hacerlo por su cuenta y riesgo, pero debe saber de antemano que las consecuencias de esa visita lo trastornarán para el resto de sus días.

(Howard Phillips Lovecraft, *The Outsider and Others*, Sauk City, 1939; Howard Phillips Lovecraft, *Beyond the Wall of Sleep*, Sauk City, 1943.)

Bella durmiente, castillo de la

Castillo que se halla en un reino de Europa central. Posee muchas recámaras, pequeños salones, escaleras de caracol y viejas torres. En una de estas torres el visitante podrá admirar una rueca antigua y, en el vestíbulo central, una colección de doce platos de oro. Según ciertos historiadores, a comienzos del siglo XVIII un hada experta en las artes mágicas echó un maleficio al palacio durante la fiesta celebrada en honor del nacimiento de la princesa Zarzarrosa. Ello es que había trece hadas en el reino, pero sólo doce platos de oro en el palacio; una de las hadas, pues, se vio excluida del convite y se lo tomó bastante a mal. Cuentan que el hechizo surtió efecto: cuando la encantadora princesa Zarzarrosa cumplió quince años, se pinchó el dedo con el huso de la vieja rueca y se quedó dormida inmediatamente, junto con el resto de la corte, los animales que había en los establos, el viento en los árboles y las moscas al sol. El maleficio, no obstante, no aclanzó a los setos de escaramujos que rodeaban los jardines, y éstos crecieron de tal modo que encerraron el castillo con su espesura.

Cien años después, un joven príncipe, cuya llegada había sido anunciada por una famosa canción, se internó entre los escaramujos, halló a la princesa dormida y la despertó con un beso. Todo el palacio se liberó de su profundo sueño, y el príncipe y Zarzarrosa se casaron y vivieron felices.

Más tarde, el rey Luis II de Baviera y el señor Walt Disney de Chicago, en Estados Unidos, construyeron imitaciones inspiradas en este castillo.

(Jacob y Wilhelm Grimm, *Kinderund Hausmärchen*, Heidelberg, 1812-14.)

Uno de los libros más bellos del año será distribuido esta semana por Alianza: la "Guía de lugares imaginarios", compuesta por Alberto Manguel y Gianni Guadalupi. Como Manguel relata con el Prólogo, el libro comenzó a escribirse una tarde de 1977, cuando los dos autores intentaron orientar a los viajeros por los laberintos de Selene, la ciudad vampiro de Paul Féval. Varias bibliotecas fueron desgranadas para componer, por fin, un diccionario turístico de casi mil lugares —islas, ciudades, rocas, océanos— que sólo existen en las páginas de los libros. De ese territorio inagotable se adelantan aquí, con carácter exclusivo, unas pocas pero sorprendentes revelaciones.

Biengoces

Comarca de Carnavalia, en tierra de los vascos (pueblo que no ha de confundirse con el que habita los Pirineos occidentales y alrededores), famosa por su montaña de queso parmesano rallado, cuya cima está habitada por gente que no hace más que ñoquis y ravioles, que cocinan con caldo de pollo, y luego envían rodando montaña abajo para deleite y alimento de los que los cogen.

No muy lejos encontrará el viajero un arroyuelo de vino (semejante al que riega la isla de Los Dichosos) que baja de los célebres viñedos de la comarca, en que los labriegos atan las vides con longanizas.

En Biengoces puede hallar el viajero dos piedras de grandísimo poder: el heliotropo, que vuelve invisible a quien lo lleva, y unos peñascos por cuya virtud hacen harina las muelas fabricadas con ellos. Vale la pena advertir, además, que si el viajero lleva al sultán estas muelas ensartadas en círculo antes de agujerearlas, tendrá todo lo que quiera.

(Giovanni Boccaccio, *Decamerón*, Florencia, 1358 (?).)

Cárpatos, castillos de los

Castillo situado en las regiones deshabitadas de Transilvania, en el condado de Klasenburg. Se levanta en una de las cimas solitarias del monte Vulcano, en la región de Orgall. El pueblo más próximo es Werst, en el flanco meridional del macizo de Plesa. El camino que conduce al castillo está hoy cubierto de malezas y de la edificación no quedan más que unas pocas ruinas.

El castillo de los Cárpatos fue construido en el siglo XII o XIII y perteneció a los barones de Gortz, el último de los cuales, Rudolf de Gortz, famoso por su afición a la ópera y su pasión por cierta diva italiana, desapareció a fines del siglo XIX, tras verse envuelto en una de tantas revueltas de los rumanos contra la feroz opresión de los húngaros. El castillo quedó abandonado e inspiró visiones de fantasmas y espíritus en la imaginación de las gentes de Transilvania. Un haya enorme crecía junto a los muros del castillo y dio lugar a una leyenda. Al desaparecer el barón Rudolf, el árbol perdió una de sus ramas, y cada año que pasaba caía una más. Cuando cayera la última rama del haya, decía la leyenda, el castillo sería destruido. Esa superstición hizo que transcurrieran muchos años antes de que alguien volviera a acercarse a la cima del monte Vulcano, y la hierba acabó engullendo el camino que llevaba al castillo. En el año 1892, un pastor vio extrañado cómo salía humo de la chimenea. Corrió a contar a los del pueblo el portento que había presenciado. Tras muchas vacilaciones, dos hombres decidieron ir a investigar qué ocurría. A uno de ellos lo derribó una fuerza invisible al tratar de cruzar una cerca y el otro quedó atrapado en el fondo seco del foso. Finalmente, fue el conde Franz de Telek, un noble rumano, quien resolvió el misterio del castillo. El conde escaló los muros en compañía de un fiel criado y contempló desde el parapeto la hermosa silueta de la amada de Rudolf de Gortz, la cantante italiana que el mundo creía muerta desde hacía tiempo y que, ahora, ante sus ojos, interpretaba algunas de sus mejores arias. Pasmado por la aparición, entró en el castillo, donde halló al barón de Gortz vivo y gozando de buena salud, con su viejo sirviente, un gran conocedor de los usos de la electricidad. Habían grabado la voz de la diva en un gramófono y la aparición era una ilusión óptica generada por un aparato eléctrico. Un juego de espejos y una potente lámpara reflejaban un pequeño retrato de la diva y lo ampliaban hasta que la imagen alcanzaba el tamaño natural. Aparecía entonces en toda su antigua belleza, como cuando reinaba en los escenarios de Italia.

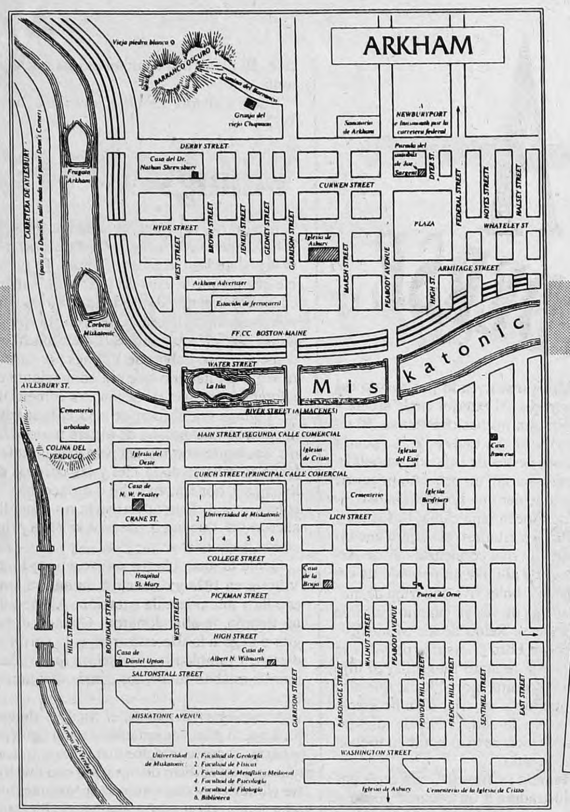
Cuando se dio cuenta de que su secreto había sido descubierto, el barón de Gortz hizo volar el castillo y murió, sepultado, entre sus ruinas. El viajero experimentado recordará que *Monsieur* Morel montó un dispositivo similar en la isla de Villings.

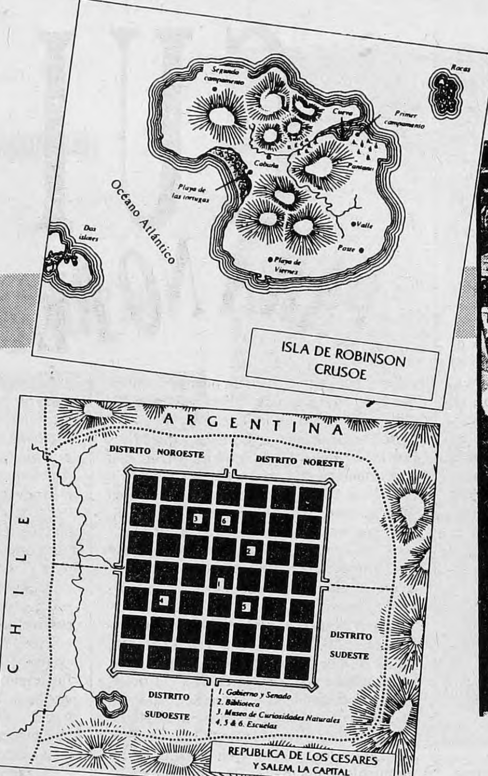
(Jules Verne, *Le Château des Carpathes*, París, 1892.)

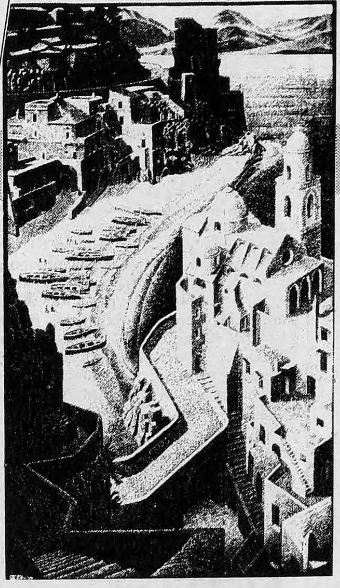
Césares, República de los

Situada en la vertiente occidental de los Andes, entre Chile y la Argentina, a 43° o 44° de latitud Sur. El país está rodeado de montañas por tres de sus cuatro puntos cardinales, y por el cuarto lo atraviesa un río. La entrada a la República de los Césares está prohibida a los españoles, y el que revele su ubicación exacta será considerado traidor, y ejecutado. La república fue fundada en el siglo XVII por un grupo de ciento cincuenta familias holandesas al mando de un tal Alphen, que fue su primer gobernador. Los holandeses llegaron en tres barcos —uno de ellos naufragó en el estrecho de Magallanes— que transportaban doscientos huérfanos, semillas, herramientas, alimentos para dos años en caso de malas cosechas, ropas, medicamentos, animales de carne y tiro, armas y libros sobre los oficios, las artes y las ciencias. Además, llevaban diez casas prefabricadas para tener dónde alojarse al llegar: dos para los hombres, cuatro para las mujeres y los niños, y las restantes para servir de almacenes.

La capital de la república es Salem, que ocupa un cuadrado de kilómetro y medio de lado en el centro del país, en una zona fértil







atravesada por canales que bajan desde el río hasta las calles principales. Las calles tienen kilómetro y medio de largo y unos veintisiete metros de ancho. Las casas, de dos plantas, son limpias, muy cuidadas e idénticas, todas ellas con un jardincito de cuarenta y cinco metros de ancho por ciento diecisiete de fondo. Hay árboles plantados en medio de las calles para dar sombra y refrescar el aire. Los sitios más interesantes de Salem son la Biblioteca, el Museo de Curiosidades Naturales, las escuelas y el cementerio sembrado de hierbas aromáticas que atenúan el hedor de los cadáveres en descomposición.

Las leyes de la República son sencillas: todos los ciudadanos son hermanos y, por tanto, todos deben trabajar, salvo las viudas y los huérfanos, de los que se ocupa el Estado. Nadie puede poseer más de veinte hectáreas. La ley prohíbe el exceso en la celebración. El gobernador no puede dictar nuevas leyes sin que las apruebe antes el Senado. El pueblo elige tres senadores que, por lo menos, deben tener cuarenta años, permanecen en sus cargos toda la vida y pueden ser depuestos si se comprueba su mala conducta. Para ser ciudadano, hay que tener veinticinco años cumplidos, ser casado y protestante. Los católicos no pueden participar en el gobierno. La tortura está prohibida.

(James Burgh, *An Account of the First Settlement, Laws, Form of Government and Police of the Cessares: A People of South America, in Nine Letters. From Mr. Vander Neck, one of the Senators of that Nation, to his Friend in Holland, with Notes by the Editor*, Londres, 1764; Fray Diego de Ocaña, *Relación del viaje a Chile, año de 1600*, Suplemento a los *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago de Chile, s.f.)

Crusoe, Isla de o Speranza (a veces llamada Isla de la Desesperación)

Isla situada a unas veinte leguas de la costa de Sudamérica, cerca de la desembocadura del Orinoco, en Venezuela, y no a mitad de camino entre la isla de Juan Fernández y la costa de Chile, como han sugerido geógrafos franceses. El interior de la isla es montañoso, con valles fértiles. Hay playas y calas muy hermosas, y la desembocadura de un riachuelo proporciona un cómodo puerto al nordeste. La isla se hizo célebre a comienzos del siglo XVIII gracias a las crónicas de un tal Robinson Crusoe, de York, que naufragó en ella el 30 de setiembre de 1659. Pueden visitarse los restos de los tres campamentos que levantó Crusoe: uno en la desembocadura del río, otro junto a una ladera rocosa, en dirección noroeste, desde donde se ve bien esa parte de la isla, y un tercero en un valle que hay en el interior. Crusoe sembró en este último cebada, maíz y arroz, que complementan hoy día las especies autóctonas de la isla: abetos espinosos, un árbol similar al llamado "árbol de hierro", tabaco, aloe, caña de azúcar silvestre, melones, uvas, naranjos, limones y plantas de cacao. No hay animales salvajes, salvo una especie de gato montés (actualmente cruzado con las especies domésticas que trajo Crusoe) y cabras. En la isla viven muchas aves: papagayos, halcones, pingüinos, zuritas, etc. También hay tortugas y algunas liebres. En el sur de la isla se halla la playa de Viernes, donde por primera vez Crusoe vio una pisada en la arena, y algo más al este un poste que Crusoe clavó para señalar el camino. Otro poste de madera que usó como calendario y que lleva grabadas estas palabras: "*Aquí llegué a tierra el día 30 de setiembre de 1659*" todavía se puede ver cerca de lo que fue su primer campamento. A unas dos leguas al sudoeste existen dos islas más pequeñas, carentes de todo interés. En la playa de Viernes aún se pueden hallar huesos humanos, restos de un festín de los caníbales. Se dan en la isla principalmente dos estaciones, cada una dos veces al año: la estación de las lluvias, que va de mediados de febrero a mediados de abril y de mediados de agosto a mediados de octubre, y la estación seca, que se extiende desde mediados de abril a mediados de agosto, y de mediados de octubre a mediados de febrero. Sabiendo esto, el viajero evitará ir en la temporada de lluvias. (Lamentablemente, el señor Gabriel Betteredge, mayordomo, uno de las principales autoridades mundiales en la isla de Crusoe, no dejó ningún libro escrito sobre el tema.)

(Daniel Defoe, *The Life and Strange Surprizing Adventures of Robinson Crusoe, Of York, Mariner: Who lived Eight and Twenty Years, all alone in an un-inhabited Island on the Coast of America, near the Mouth of the Great River of Oroonoque; Having been cast on Shore by Shipwreck, wherein all the Men perished but himself. With An Account how he was at last as strangely deliver'd by Pyrates. Written by Himself*, Londres, 1719; Daniel Defoe, *The Farther Adventures of Robinson Crusoe*, Londres, 1719; Michel Tournier, *Vendredi ou Les Limbes du Pacifique*, París, 1969.)

Hooloomooloo

Una de las islas del archipiélago de Mardi, llena de rocas y cubierta de matorrales achaparrados y retorcidos.

También se la conoce como la Isla de los Deformes, pues los habitantes de las islas vecinas, reacios a practicar la bárbara costumbre de eliminar a los niños nacidos con cuerpos asimétricos, pero deseosos también de apartarlos de su vista, fundaron en Hooloomooloo un asilo de deformes. Los descendientes de aquellos exiliados viven allí todavía, gobernados por un rey elegido por ellos y sujetos a sus propias leyes. No están autorizados a abandonar la isla, pues los demás habitantes del archipiélago no quieren saber nada de ellos. Sin embargo, los naturales de Hooloomooloo no saben que son deformes y explican a los viajeros que el hecho de que una persona sea fea o hermosa depende de quien la juzga.

(Herman Melville, *Mardi, and A Voyage Thither*, Nueva York, 1849.)

Noble, Isla de también llamada Isla de Moreau

Situada a 5° 3' de latitud Sur y a 101° de longitud Oeste. Es un islote volcánico, cubierto por una densa vegetación, especialmente palmeras. Sus playas, de gruesa arena gris, se elevan escarpadamente formando una loma de veinte o treinta metros de altura sobre el nivel del mar. Al otro lado de la loma pasa un arroyo que atraviesa un valle y luego se interna en la isla. Al norte hay fuentes de aguas termales y al sur un bosque carbonizado y una ciénaga amarillenta que exuda un vapor acre.

La isla de Noble fue visitada por primera vez en 1867 por el doctor Moreau, un biólogo inglés que, junto con su ayudante llamado Montgomery, estableció allí un campamento para dedicarse a la investigación científica. Un tal Edward Prendick elaboró una crónica de las investigaciones del doctor Moreau y la historia de la isla, relato que luego publicó su sobrino Charles.

No se dispone de información acerca de los actuales habitantes de la isla, pero sabemos que en ella vivían tanto una tribu de indios canacas (que también se encuentran en Nueva Caledonia), como un grupo de extrañas criaturas, los hombres-bestias —hombres-toros, hombres-leones, hombres-monos, etc.—, que, a la inversa, en cierto modo, de lo que se supone hacía Circe (véase EEA), eran originalmente bestias que el doctor Moreau intentó transformar en hombres, sin lograrlo jamás del todo. Aunque algunas estaban dotadas de habla, todas han vuelto a su condición animal, por lo que se recomienda al visitante permanecer alerta, pues un encuentro con cualquiera de ellas puede constituir una experiencia poco agradable.

Después de haber tratado con estas bestias de la isla de Noble, notó que muchos de sus compatriotas, aparentemente normales, le recordaban a los hombres-bestias. Veía ancianos que le hacían pensar en los hombres-monos, mujeres que rondaban como gatos y le maullaban, y pálidos obreros de mirada cansada como la de los ciervos heridos. Los rostros vacíos e inexpresivos de los viajeros de autobuses y trenes le resultaban particularmente repulsivos. En realidad, cabe dentro de lo posible que algunos hombres-bestias escaparan de la Isla de Noble y vivan hoy en otros lugares.

Si el propio viajero es un animal y, por lo tanto, susceptible de ser transformado (aunque es casi seguro que el doctor Moreau y su ayudante han muerto ya), le será útil aprender esta ley de la isla: "No caminar a cuatro patas; no sorber la bebida; no comer carne ni pescado; no arañar la corteza de los árboles; no cazar a otros hombres". Sin embargo, el viajero debe saber que se dice que la transformación es terriblemente dolorosa y que, de hecho, al edificio donde se realizaban estas operaciones se le llamaba la Casa del Dolor.

(H. G. Wells, *The Island of Doctor Moreau*, Londres, 1896.)

Pauk

Vasto lugar habitado por una araña tan grande como un hombre. Los viajeros que llegan a Pauk pasan el resto de su vida contemplándola aterrados.

(Fiodor Jijailovich Dostoievski, *Besy*, Moscú, 1871-1872.)

Pocapaglia

Aldea del Piamonte, en Italia, situada en la cima de una montaña cuyos flancos son tan abruptos y empinados que los habitantes tienen que colocar una bolsa debajo de la cola de las gallinas para que los huevos recién puestos no bajen rodando y se pierdan en el bosque.

(Italo Calvino, editor, *Fiabe italiane*, Turín, 1956.)

Próspero, Isla de o Isla de Calibán

Probablemente en el Mediterráneo, entre Túnez y Nápoles (aunque el relato de unos náufragos la sitúa en el Caribe). La isla está habitada por Calibán —un monstruo entre animal acuático y terrestre—, duendes y algunos espíritus, entre ellos uno llamado Ariel.

GUIA DE LUGARES IMAGINARIOS PARA NO PERDERSE

Setebos es el dios de la isla; dicen que mora en la Luna que él mismo creó junto con el sol y el mar.

Próspero, el depuesto Duque de Milán, vivió allí con su hija Miranda, más tarde reina de Nápoles, a comienzos del siglo XVII. Su celda aún se conserva junto a un lago fangoso, a la sombra de un soto que la protege de los terribles rigores del clima. Su biblioteca, notable por sus libros de magia y ocultismo, permanece casi intacta: sólo falta un volumen. Hay motivos para creer que la vara mágica de Próspero está enterrada muy cerca de allí.

La isla posee lugares fértiles y lugares yermos, manantiales de agua dulce y pozos de agua salada, y una vasta región cubierta de zarzas, retama y cardos. Hay en ella nogales, avellanos y muchos animales: sapos, víboras, tortugas, topos, grajos, escarabajos y mosquitos. Abundan los robles y los pinos, en uno de los cuales la bruja Sycorax, madre de Calibán, tuvo prisionero a Ariel. La isla está llena de ruidos, sonidos y dulces melodías. Algunas veces se oye una música suave y encantadora que no daña, pero otras veces es mejor no prestar atención a ciertos sonidos parecidos a un eco extraño o al batir de un tambor.

(William Shakespeare, *The Tempest*, Londres, 1623; Robert Browning, "Caliban upon Setebos", en *Dramatis Personae*, Londres, 1864.)

Roncador

República de Sudamérica, en la intersección de la Argentina, Paraguay y Brasil. Tras un largo período de dominación española, Roncador se independizó el primer domingo de abril de 1839, cuando un grupo de jacobinos al mando de un inglés llamado Oliver asesinó al dictador del país durante la Fiesta de la Bendición de los Diezmos. Oliver se convirtió en el Dr. Olivero, dictador de Roncador y estableció un sistema de gobierno igualitario basado en las doctrinas de Rousseau, Volney y Voltaire. El Reglamento Provisional de Gobierno, redactado por Oliver, comienza así: "Habiendo dotado la Providencia Universal a todos los hombres por igual de iguales facultades, iguales sensaciones e iguales necesidades, estipuló por ello que todos tuvieran derecho a una parte igual de los frutos de la tierra. Como la generosidad de la tierra alcanza para cubrir todas las necesidades, todos los hombres pueden vivir en libertad y ser cada uno dueño de su destino".

El matrimonio entre españoles se prohibió para asegurar la asimilación de todos los extranjeros. Algunas jornadas de trabajo se destinaron para el Estado y otras para los trabajadores. El excedente de la producción correspondiente al Estado se cambiaba por el producto de las artes mecánicas: un zapatero podía cambiar un par de zapatos por una cantidad previamente establecida de té, tabaco o maíz. Hombres y mujeres convivían en una relación de confianza mutua, cultivaban la tierra y se alimentaban alegremente de sus abundantes frutos. Cuando Oliver comprendió que su Estado ideal fracasaría a causa de la codicia, planeó su propio asesinato y fingió que había muerto en un puente. Le sucedió el general Iturbide. Oliver regresó a Inglaterra y murió en la Tierra Verde.

Roncador es una de las más pequeñas ex provincias españolas de América del Sur, con una extensión de unos cuarenta y cinco mil quinientos kilómetros cuadrados. Consiste en una alta meseta, del tamaño de Irlanda, cruzada por muchos ríos que nacen en las cordilleras occidentales. Las aguas de estos ríos se dispersan por la región pantanosa del norte y se unen finalmente al caudaloso río que forma la frontera con la Argentina. Las fronteras este y oeste son montañosas y están despobladas; las llanuras centrales, o pampas, tampoco albergan demasiadas poblaciones, concentradas todas en la cuenca del río.

La capital también se llama Roncador. Es una plaza de cada una de cuyas esquinas parten dos calles formando ángulo recto. Está situada en los flancos y en la cima de un montículo semicircular, la escarpadura de una llanura rodeada por un río. La catedral, de trescientos años de antigüedad, fue construida por los jesuitas. Su fachada es de un estilo barroco degenerado, un enorme baldaquino de piedra y estuco al que se agregó un pórtico de madera flanqueado de columnas salomónicas y coronado por una imagen a tamaño natural de la Virgen de la Asunción, colocada en un nicho que es un verdadero nido de cuervos de fantásticos ornamentos metálicos. Una escalinata de doce peldaños desciende hasta la plaza. Son igualmente interesantes otros dos edificios, situados uno a cada lado de la catedral: el cuartel (hoy quizá el Ministerio de la Guerra) y el Ayuntamiento.

Roncador exporta cueros, yerba mate, azúcar y tabaco. Es una tierra famosa, además, por sus numerosas especies de colibríes de variados colores.

Memoria sobre las Misiones, del Padre Lorenzo, es una interesante obra de referencia acerca de los orígenes de la historia de Roncador.

(Herbert Read, *The Green Child*, Londres, 1935.)

Tarzán, morada de

Pequeña choza que se alza en las cercanías de la costa occidental de Africa, a casi 10° sur del Ecuador. Fue en ese lugar donde Lord Greystoke se refugió con su esposa después del naufragio, construyendo por sí solo esa precaria vivienda. El exterior es de arcilla y las ventanas están hechas con ramas. El techo tiene forma de A y es de paja. La puerta está hecha con restos de cajas de embalaje. Aún se pueden ver allí un pequeño hogar de piedra y los muebles que Lord Greystoke fabricó para su esposa: una cama, dos sillas y una mesa. En los estantes, el viajero encontrará una cartilla que comienza: "A de Arquero". Cerca de allí hay un poblado de caníbales y en los árboles vive una tribu de monos gigantes que de vez en cuando atacan a sus vecinos (véase Reino de los Monos).

En este choza Lord Greystoke perdió a su esposa, y en ella lo mató un gorila. Si hijo fue rescatado por una mona, Kala, que a su vez había perdido a su cría. El niño creció y se convirtió en Tarzán, el Rey de los Monos, cuya influencia se hizo notar en todo el continente africano.

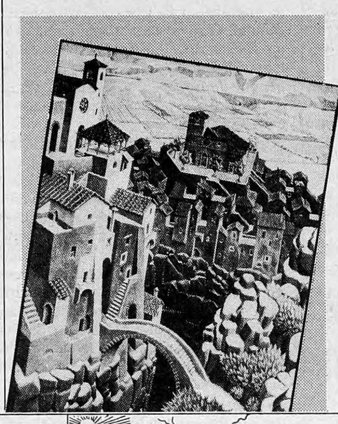
Tarzán resumía su filosofía con estas palabras: "Mostradme a un cobarde gordo y próspero que haya creado alguna vez un ideal hermoso. En medio del fragor de las armas, en la lucha por la supervivencia, en el hambre, la muerte y el peligro, en la faz de Dios tal como se manifiesta en el despliegue de las fuerzas más terribles de la Naturaleza, nace lo más bello y mejor de la mente y el corazón del hombre". En el idioma de los monos, Tarzán se dice *tarmangani*, que significa "mono blanco".

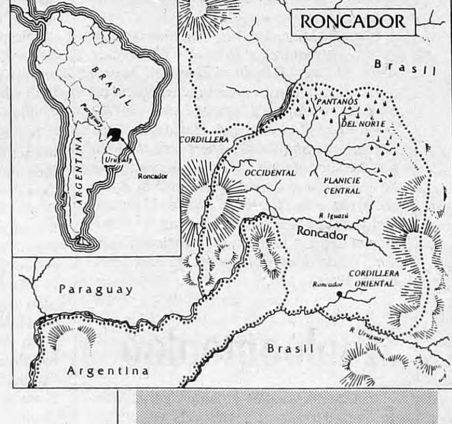
(Edgar Rice Burroughs, *Tarzan of the Apes*, Nueva York, 1912; Edgar Rice Burroughs, *Tarzan and the jewels of Opar*, Nueva York, 1916; Edgar Rice Burroughs, *Tarzan the Untamed*, Nueva York, 1919.)

Tecla

Ciudad de Asia, a medio construir. Los habitantes dicen que la construcción de Tecla se prolonga para que no empiece su destrucción. El plano de la ciudad es una noche estrellada.

(Italo Calvino, *Le città invisibili*, Turín, 1972.)





Villings

Isla del océano Pacífico. Alguna vez se ha creído, equivocadamente, que esta isla pertenece al archipiélago de Ellice o Tuvalu. Es probable que no quede lejos del puerto de Rabaul, en Nueva Bretaña, desde donde partió el primer cronista de la isla. Este cronista, perseguido por un crimen que él creía no haber cometido, oyó hablar de Villings por primera vez a un italiano que era comerciante de alfombras en Calcuta. Según este comerciante, Villings era el foco de una enfermedad misteriosa que mataba de afuera para adentro, causando la caída del pelo y de las uñas, luego la muerte de la piel y las córneas de los ojos y, por fin, en ocho o quince días, el colapso total. Esta advertencia no disuadió al cronista, que huyó y llegó a la isla a principios de la década de 1940.

Gente de raza blanca estuvo viviendo en Villings en 1924 y construyó un museo, una capilla y una pileta de natación. Al cabo de un tiempo, la abandonaron. Cuando el fugitivo llegó a la isla estas ruinas lo sorprendieron, y también la vegetación: los árboles nuevos estaban sanos, los demás casi muertos.

Al explorar las ruinas, el fugitivo descubrió que la pileta de natación estaba llena de víboras, sapos e insectos acuáticos y que el museo —un edificio de tres pisos con una torre cilíndrica— tenía quince departamentos adornados con cuadros, algunos de Picasso. En una de estas habitaciones había una biblioteca deficiente donde no había nada más que novelas, poesía, teatro y un tratado científico, obra de un tal Belidor: *Travaux, Le Moulin Perse*, 1937. El comedor, de unos dieciséis metros por doce, estaba rodeado por las estatuas de cuatro divinidades sedentes semiindias, semiegipcias, tres veces más grandes que un hombre.

Súbitamente, seguro de que no había visto llegar ningún barco, ningún aeroplano, ningún dirigible, el fugitivo vio que el museo se había llenado de gente que bailaba, que paseaba y que se bañaba en la piscina, como veraneantes de Marienbad. Un fonógrafo poderosísimo vencía al ruido del viento y del mar, con la música de *Valencia* y *Té para dos*. Días y noches pasó el fugitivo observándolos y se enamoró de Faustine, una de las mujeres del grupo, pero ella lo ignoraba siempre. Hasta que el fugitivo supo la verdad.

La isla había sido comprada por un científico y hombre de mundo llamado Morel que eligió Villings como escenario de uno de sus apasionantes experimentos de imitación exacta de la vida. Morel había construido una máquina que podía reproducir objetos, plantas, personas, en tres dimensiones y crear un doble de la realidad fiel al original hasta en el tacto o en los olores. Así pudo Morel conservar para siempre las imágenes de sus amigos repitiendo sus actos y preservando su juventud. Con todo, los rayos imprescindibles para poder registrar una copia de las personas vivas originales eran mortales para ellas; ésta era la causa de la misteriosa epidemia que había asolado la isla. El cronista, que por error se vio sometido al efecto de los rayos, murió probablemente después de terminar de escribir en su diario su relación de Villings. No se sabe si el espectáculo sigue proyectándose en la isla, ni si es peligroso visitarla.

(Adolfo Bioy Casares, *La invención de Morel*, Buenos Aires, 1941.)

Weng

Pueblo remoto y sombrío situado en las montañas de Austria. Hay una estación de ferrocarril a cinco kilómetros, abajo, en el valle industrial, pero a la aldea en sí se llega a pie. El aullido de los perros recibe a los viajeros y un paisaje desierto y desdibujado que, según dicen, es, sin embargo, más atractivo que muchos de los más hermosos paisajes del mundo. El efecto de su atractivo es tal que puede enloquecer a muchos. Por eso es aconsejable que el viajero se distraiga yendo de putas, rezando o bebiendo.

Weng está habitado por un pueblo con algo de enano, de poca inteligencia y una altura que no supera el metro cuarenta. Todos los habitantes fueron concebidos en estado de ebriedad, y sus voces son chillonas como las de los niños.

(Thomas Bernhard, *Frost*, Frankfurt, 1963.)

Carnets///

ENSAYO

El imperio y sus sentidos

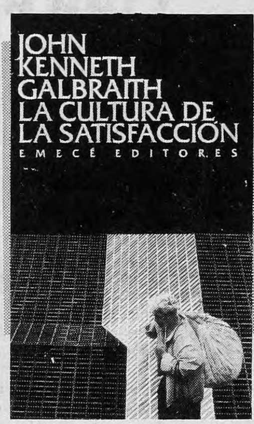
LA CULTURA DE LA SATISFACCION, por John Kenneth Galbraith. Emecé, 1992, 190 páginas.

Es imprescindible determinar en un principio que quien busque en las páginas del ensayo de Galbraith una crítica a la sociedad definitivamente consumista de los países del Primer Mundo tropezará con un análisis donde prima la objetividad antes que la señalización de los supuestos errores que con apresuramiento ansioso se tienden a examinar en un libro de sociología "al alcance de todos".

El código que utiliza el autor de *La sociedad opulenta* está lejos de ser una mera acusación a las costumbres imperantes. No cae en el consejo facilista ni en la condena, ya que este estudio no apunta a desenmascarar las fallas de un gobierno en particular, sino a mostrar los cambios operados en una sociedad completa. Se trabaja más allá del desagrado y la complacencia. No hay, por lo tanto, esos juicios de valor en los que cae, por lo general, cualquier ensayo tendiente a demostrar falsedades y trampas de un modelo socioeconómico que se desprecia. Es a partir de allí que, lejos de la indignación o la censura, Galbraith apunta al conocimiento de una pauta cultural existente.

El economista borra todo indicio de un Estados Unidos sin clases, partiendo de la categorización de los segmentos inmersos en la "cultura de la satisfacción". Ellos son los que dirigen grandes empresas financieras o industriales, los mandos superiores de esas mismas empresas, los que detentan negocios independientes, los empleados con ingresos garantizados y los incluidos en la moderna clase profesional, como abogados, científicos, periodistas, ingenieros, médicos y profesores, entre otros. Fuera de estos "satisfechos", la subsistencia económica es, según Galbraith, por lo menos, insegura.

Y lo es debido a la configuración de la legitimidad pautada por estas clases sociales. De la lectura de *La cultura de la sastisfacción* se desprende que esa legitimidad no es otra cosa que el mote tolerable de la violencia decisivamente triunfante. Esa violencia que dictamina que "la fortuna se gana" o es recompensa de un mérito particular, y que observa al Estado como una carga que debe ser quitada de las espaldas de las clases acomodadas.



Ahora bien, estas clases, promotoras de la satisfacción, son las que configuran las normas. Las que determinan qué es legítimo y qué no. Esto, indudablemente, es el Estado. Y como tal, se constituye en modelo de lo que debe excluirse a favor de los intereses públicos, o propios de un grupo social establecido como hegemónico.

La cultura de la satisfacción muestra cómo fuera de ese "Estado" sólo existe la anomalía, la transgresión de las leyes fijadas como márgenes absolutos de lo considerado legítimo. Muestra los limites fuera de los cuales reina la violencia también, pero sin garantías. O lo que se considera "precepto negativo" del mismo terror.

El estudio de Galbraith no es un manual práctico para modificar la realidad, sino un intento acertado, correcto y razonable para comprender una sociedad basada en la opulencia de unos en desmedro de otros. En síntesis, se trata de desnudar "la terrible novedad de que en el Imperio hubo un momento en que era preferible estar fuera que dentro". Galbraith se refiere al romano, pero también a cualquier otro imperio.

MIGUEL RUSSO

El economista Joah Kenneth Galbraith

BIOGRAFIA

Modelo, jamás

MARLON BRANDO. LA BIOGRAFIA, por Richard Schickel. Editorial Paidós, colección Testimonios. 291 páginas.

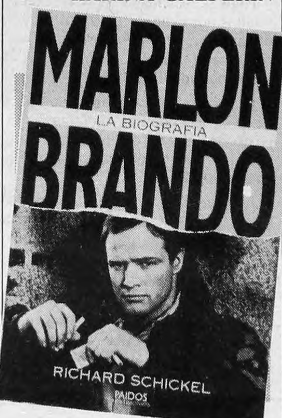
Ser rubio es una de esas desgracias irreparables que Marlon Brando supo sobrellevar con admirable dignidad. Pero hay otras, claro: una madre alcohólica con pretensiones de artista, varios fracasos matrimoniales, escandalosas disputas con su primera esposa Anna Kashfi, un confuso episodio en que su hijo Christian mató al amante de su hermana.

Nada de esto, sin embargo, tentó a Richard Schickel. Más bien todo lo contrario: reaccionando contra esa tendencia del periodismo y cierta crítica de los últimos tiempos que aprovechó el affaire Christian para enjuiciar moralmente a un actor molesto en más de un sentido, Schick el intentó trazar críticamente el derrotero artístico de Brando sirviéndose de los datos biográficos del hombre sólo cuando éstos hubieran tenido alguna influencia en el trabajo del actor.

Porque, en realidad, el interés central de Schickel está emparentado sólo a medias con Brando, o mejor dicho, Brando es en este caso la mejor de las excusas: si es cierto eso de que todo biógrafo no hace sino utilizar veladamente a su personaje para retratarse a sí mismo o para contar su propia historia, en Schickel este gesto —evidente, ostentoso pero de ningún modo molesto— marca el tono del texto y determina el lugar desde donde se nos muestra al personaje. La biografía, ya desde el principio enunciada en una primera persona que no hace sino reflexionar sobre su relación con la figura de Brando, dibuja un recorrido en el que el actor sirve como telón de fondo y como hilo conductor para mostrar problemas tales como la lucha generacional de los '50 en Estados Unidos, en la que Brando —con algunos personajes como el inolvidable Stanley Kowalsky de *Un tranvía llamado deseo*, el Johnnie de *El salvaje*, y finalmente el Terry de *Nido de ratas*— adquiere una fuerza simbólica tal que los jóvenes de la época le reconocen, quizás a pesar suyo, un liderazgo indiscutible; las disputas estéticas en el campo de la actuación en donde se juegan cuestiones como las técnicas interpretativas (el debate gira alrededor del, en ese entonces, muy discutido Stanislavsky) y la relación con el mercado en donde los polos parecen ser —sobre todo al principio de la carrera de Brando— Broadway o Hollywood; las persecuciones anticomunistas y las listas negras en el Hollywood que sufría la vigilancia rigurosa y moralista de la Catholic Legion of Decency.

En medio de todo esto la figura de Brando, el más célebre de los actores que mayor cantidad de fracasos resonantes ha experimentado a lo largo de su carrera, se dibuja con todas sus contradicciones oscilando entre la pasión y el desinterés (en los últimos años se cansó de afirmar que sólo trabajaba por dinero). Desde la bohemia neoyorquina de los primeros tiempos, pasando por los éxitos de los '50 y los fracasos y la casi inactividad de los '60 hasta la maravillosa conjunción de Bertolucci y Brando en *Ultimo tango en París* (con una discutible lectura de Schickel del film en clave biográfica), esta biografía acierta a retratar al mismo tiempo a una época y a un hombre cuyo rasgo distintivo es, sin duda, ese infatigable rechazo por convertirse en modelo.

KARINA GALPERIN



FICCION

Los infiernos cotidianos

INFIERNO ALBINO, Sergio Bizzio, Sudamericana, Buenos Aires, 1992, 172 páginas.

Sergio Bizzio forma parte de aquello que suele denominarse nueva literatura argentina o joven literatura argentina, definición que, con alguna imprecisión, le atribuye a la literatura los adjetivos que en principio corresponden solamente a los escritores. Lo cierto es que Bizzio, de treinta y cinco años, publica ahora su segunda novela: *Infierno Albino*. Su antecedente en el plano de la narrativa —Bizzio tiene otros trabajos en poesía y en teatro— es *El divino convertible*, una novela editada en 1990 en la que, además de definir con guiños y chistes un lugar de pertenencia literaria, incursionaba en una narración sobre la cotidianidad.

Infierno Albino retoma en parte ese mismo tipo de relato de lo trivial, de lo cotidiano: un departamento que se pone en venta, una entrevista de trabajo, una tediosa cena por un compromiso social, un asado en una quinta. A lo largo de la novela a veces se espera, a veces se desea y a veces se teme que algo ocurra, aunque nunca, finalmente, ocurre demasiado.

Albino Reyna, personaje principal de *Infierno Albino*, es alguien que tiene un nombre que no le agrada y vive en una casa que no lo satisface. Se ha casado con una mujer a la que no ama y que espera un hijo que a él no le importa. Tiene, además, una amante a la que no ha elegido, ni buscado, ni deseado. Apenas motivado —pero notablemente torpe— para lograr una venta en su trabajo y para escribir frases sueltas que él mismo no termina de comprender, Albino es el signo mismo de la apatía y del desinterés.

Este deslizamiento sin desniveles por escenas más o menos habituales y esta actitud abúlica del personaje definen el tono de la novela, en la medida en que también el lenguaje con que está escrita procura una horizontalidad sin asperezas ni sobresaltos.



Está claro que lo infernal es esa misma cotidianidad: ése es el infierno de Albino. Pero el riesgo que se corre es que una novela sobre un modo trivial y un personaje letárgico, se vuelva, ella misma, trivialidad y letargo. El intento de fuga que en un momento dado lleva a cabo Albino resume el intento de la novela de escapar a esa amenaza: el personaje se lanza en busca de otra vida, y el texto encuentra un suceso. El intento de Albino fracasa: lo atacan porque lo confunden con otro, a él, que escapaba queriendo ser otro. Pero en esa fuga la novela define uno de sus mejores episodios. La escena se parece a un descenso a los infiernos, que no es tal porque lo otro, lo cotidiano, también es infernal.

Es la ironía, la perspectiva distanciada que impone la mirada irónica, la que le sirve a Sergio Bizzio para hablar de lo banal sin ser banal. Sólo que este tono no es constante en *Infierno Albino*: se logra en los que son, nuevamente, sus mejores momentos. Pero se pierde también en otros tramos; y cuando ese matiz se pierde, la novela misma pierde tensión e interés.

MARTIN KOHAN

Best Sellers///

Ficción		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Doce cuentos peregrinos*, por Gabriel García Márquez (Sudamericana, 11 pesos). En plena madurez, García Márquez vuelve a sus grandes temas: el amor, el desconcierto ante la realidad, la profecía de los sueños.	1	7
2	*Cuando digo Madgalena*, por Alicia Steimberg (Planeta, 12,40 pesos). Novela ganadora del Premio Planeta Biblioteca del Sur, cuenta el fin de semana que pasa en una estancia un grupo de personas participante de un curso de control mental. La voz que narra es la de una mujer perturbada, aparentemente, por lo sucedido.	3	6
3	*El amante*, por Marguerite Duras (Tusquets, 13 pesos). El film de Jean-Jacques Annaud resucita esta novela publicada hace ocho años, en la que Duras narra —con su prosa seca y luminosa— el amor de una francesa de quince años —ella misma— con un chino de treinta y dos.	2	5
4	*El canto del elefante*, por Wilbur Smith (Emecé, 18 pesos). Un naturista mundialmente famoso, Daniel Amstrong, inicia una cruzada para salvar a los animales en Zimbabwe. En Londres se le suma una joven antropóloga.	9	16
5	*La ciudad ausente*, por Ricardo Piglia (Sudamericana, 11 pesos). La novela teje a partir de un eje móvil —el vacío del mundo que se abre para Macedonio Fernández cuando muere su mujer —, y de una máquina de contar, un asombroso relato de la Argentina última, visible y sin embargo desconocida.	5	15
6	*La gesta del marrano*, por Marcos Aguinis (Planeta, 17,80 pesos). La vasta saga de la familia Maldonado, con la persecución a los judíos en la España de la Inquisición y el éxodo al nuevo mundo como panorámico telón de fondo.	7	44
7	*Del otro lado del amor*, por Jacqueline Briskin (Emecé, 19 pesos). Historia de amor entre un judío norteamericano y una atleta alemana durante las Olimpíadas de Berlín en 1936 y después, durante la guerra.	4	2
8	*Vox*, por Nicholson Baker (Alfaguara, 14 pesos). Un hombre, una mujer y un teléfono son los ingredientes con que el inclasificable Nicholson Baker construye la más inteligente y transgresora novela erótica de los últimos tiempos.	—	15
9	*Papel moneda*, por Ken Follett (Atlántida, 16 pesos). Una historia de suspenso donde, a lo largo de un solo día en Londres, el mundo del periodismo, de los negocios y del hampa sacan a relucir sus bajos instintos.	—	1
10	*La suma de todos los miedos*, por Tom Clancy (Emecé, 26 pesos). Jack Ryan, legendario personaje de Clancy, es ahora un alto funcionario de inteligencia que concibe un plan de paz para Medio Oriente. El plan fracasa y estalla una crisis nuclear mundial.	6	10

Historia, ensayo		Sem. ant.	Sem. en lista
1	*Diana, su verdadera historia*, por Andrew Morton (Emecé, 16 pesos). Biografía no autorizada que irritó a la familia real británica y cuyas ondas expansivas siguen amenazando la estabilidad del trono.	1	7
2	*Los dueños de la Argentina*, por Luis Majul (Sudamericana, 15 pesos). Seis personajes a través de quienes se intenta desentrañar el viejo contubernio entre los poderosos grupos económicos y el gobierno de turno. Una investigación cuyo objetivo es revelar quién ejerce el poder real en el país.	3	23
3	*Usted puede sanar su vida*, por Louise L. Hay (Emecé, 10,20 pesos). Después de sobrevivir a violaciones y a un cáncer terminal, la autora propone una terapia de pensamiento positivo, buenas ondas y poder mental.	2	64
4	*Robo para la Corona*, por Horacio Verbitsky (Planeta, 17,80 pesos). ¿La corrupción es apenas un exceso o una perversión inherente al ajuste menemista y al remate del Estado? El autor responde con una investigación implacable que se transforma en un puntilloso mapa de corruptores y corruptos.	4	41
5	*El nacimiento del mundo moderno*, por Paul Johnson (Vergara, 22 pesos). El autor de *Tiempos modernos* pone el foco en los quince años de ideas, tecnologías e inventos nuevos y en figuras como Delacroix, Hegel, Jane Austen, Bolívar, Victor Hugo y Goethe, que marcaron el siglo XIX y prefiguraron los tiempos actuales.	5	5
6	*El descabellado oficio de ser mujer*, por Cristina Wargon (La Urraca, 9 pesos). Con un humor descabellado, la autora satiriza pequeñas escenas de la vida cotidiana femenina. Los hijos, el portero y el marido le sirven como excusa para hablar sobre la mujer.	—	11
7	*Te quiero, pero...*, por Mauricio Abadi (Ediciones BETA, 14 pesos). El psiquiatra y psicoanalista Abadi —asiduo visitante de los medios de comunicación— escribe un libro sobre "los problemas de pareja hoy". El autor recurre a un triángulo amoroso del que participan él y dos lectoras imaginarias.	9	15
8	*Capitalismo contra capitalismo*, por Michel Albert (Paidós, 18 pesos). Un análisis de las dos caras de un capitalismo que está logrando una indiscutible hegemonía sobre el mundo. El peligro de este triunfo y sus consecuencias en Europa, en Japón, en América y en los países del Este.	—	1
9	*El poder está dentro de ti*, por Louise L. Hay (Urano, 15 pesos). Lo que ya el título adelanta: cómo aprovechar las energías ocultas e influir sobre las personas.	7	2
10	*El fin de la historia y el último hombre*, por Francis Fukuyama (Planeta, 19,50 pesos). Fukuyama, un asesor del Departamento de Estado norteamericano, generó una polémica de decibeles inesperados con la publicación de un artículo de pocas páginas. A lo largo del libro, responde si existe una dirección en la historia del hombre y si en verdad terminó.	6	13

Librerías consultadas: El Aleph, Del Turista, Expolibro, Fausto, Hernández, Norte, Santa Fe, Yenny —Patio Bullrich— (Capital Federal); El Aleph (La Plata); El Monje (Quilmes); Ameghino, Homo Sapiens, Lett, Ross, Técnica (Rosario); Rayuela (Córdoba); Feria del Libro (Tucumán).

RECOMENDACIONES DE PRIMER PLANO///

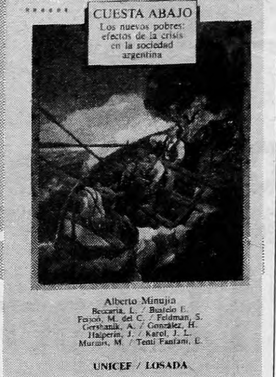
Fogwill: **Muchacha punk** (Planeta). Ninguno inédito pero todos revisados por el autor, los cuentos publicados en este volumen impactaron a lectores y críticos por igual hace diez años. Todo hace pensar que sucederá lo mismo ahora por la vigencia de su inquietante mirada sobre el período 1975-1983.

Beatriz Sarlo: **La imaginación técnica** (Nueva Visión). Arlt, Quiroga, la ciencia popular y la fantasía del inventor que se salva por un golpe de fortuna es el capítulo de la cultura argentina que, con una imaginación crítica y una investigación rigurosa, analiza la autora de *Una modernidad periférica*.

Jean Stein, en colaboración con George Plimpton: **Edie** (Circe). Biografía oral de la modelo y actriz de la Factory de Andy Warhol, Edie Sedgwick, y de los años sesenta. Las voces que la van armando son las de Norman Mailer, Truman Capote, Patti Smith, Gore Vidal, Allen Ginsberg y John Cage, entre otros.

Charles Bukowski: **Hollywood** (Anagrama). En esta novela el autor cuenta la filmación de *Mariposas de la noche (Barfly)*, película basada en otro texto suyo. En cada nombre ficticio se reconocen al director Barbet Schroeder, los actores Faye Dunaway y Mickey Rourke, los productores y hasta los extras, ninguno de los cuales sale bien parado.

Carnets///



ENSAYO

Vida alfabética

En tiempos de crisis las viejas categorías se desbordan de nuevos contenidos. Son también tiempos de reformular y este libro, que es fruto de años de trabajo en la investigación de las variaciones de la estructura social argentina, marca el inicio de esa tarea. Está organizado en cuatro capítulos. El primero se dedica al estudio de las transformaciones de la sociedad a partir de la década del setenta y se compone de tres ensayos. "En la rodada", de A. Minujin, introduce al lector en los principales signos de este proceso: la concentración económica, la contracción del Estado, las modificaciones en el mercado de trabajo y la consecuente incorporación de los nuevos pobres al universo de la pobreza.

Murmis y Feldman analizan con precisión el heterogéneo paisaje que surge de estos desordenados desplazamientos en el panorama social. Pobres, no pobres y fundamentalmente casi pobres, tradiciones que se combinan con las preexistentes y dan paso a una nueva morfología aun sin cristalizar que exige ser pensada. Arriesgan la hipótesis de que el deterioro de la situación de amplias capas de la población actúe como factor de contrapeso a las tendencias de polarización y sesgamiento que aparecen producto de la crisis. Por último, Beccaria se refiere a los cambios en el modelo distributivo y al aumento de las desigualdades en la participación de los ingresos.

CUESTA ABAJO. LOS NUEVOS POBRES: EFECTOS DE LA CRISIS EN LA SOCIEDAD ARGENTINA, por L. Beccaria, E. Bustelo, M. del C. Feijoó, S. Feldman, A. Gershanik, H. González, J. Halperín, J. L. Karol, A. Minujin, M. Murmis, E. Tenti Fanfani. UNICEF/Losada, 1992, 300 páginas.

El segundo capítulo está dedicado a estudiar la posición del Estado ante la crisis. Bustelo profundiza la caracterización de lo que se denomina Estado de Malestar en el que confluyen la inflación y la dureza del ajuste. Gershanik y Tenti Fanfani echan una mirada desde la medicina y la educación, respectivamente. Describen el deterioro de estos servicios como un cuadro de doble entrada en el que se interceptan el pasaje de los sectores medios de los establecimientos privados a los estatales y el achicamiento del sistema público. Esta confluencia da el paradojal resultado de una institución (hospital o escuela) subdotada y sobreexigida al mismo tiempo.

En el tercer capítulo se relatan las estrategias que se ponen en funcionamiento para amortiguar la caída socioeconómica. En uno de los aportes de mayor peso de *Cuesta abajo* Halperín reúne testimonios. Permite así que las palabras de los entrevistados lleguen sin el efecto mediatizador de la terminología científica. Estas historias de vida actúan como nudo de los conceptos que el libro en su conjunto irá delineando. Juan Carlos, clase media venida a menos, hace palpable la privatización de la crisis que saca a las familias del espacio público y las recluye en el interior de sus hogares. Edith, trabajadora doméstica, ilustra una de las particularidades de los nuevos pobres valorizando el estudio como pasaporte hacia un mejor porvenir. Celso, obrero desocupado, a diferencia de Juan Carlos, apela a la solidaridad de sus pares para substituir. Y doña Eulogia, paraguaya y pobre de nacimiento, forma parte de ese sector que se resiste ya no a la pobreza sino a la caída en la marginalidad. Cuatro relatos que denuncian la inexistencia de una cultura aglutinadora.

Feijoó y Karol invitan a espiar por la velada mirilla de las relaciones domésticas desandando el camino de simulaciones y estrategias propias de los Nupo para atemperar el desbarranque.

Finalmente, González distingue tres usos ideológicos del concepto de pobreza: evangélico revolucionario, picaresco romántico y sociológico. Porque el "pesimismo de la inteligencia y el optimismo de la voluntad" son las únicas vías para redefinir y operar sobre la realidad, la lectura de *Cuesta abajo* resulta imprescindible para quien pretenda entender la singularidad de los procesos políticos de la Argentina actual.

VANINA MURARO

BIOGRAFIA

Las ilusiones pasadas

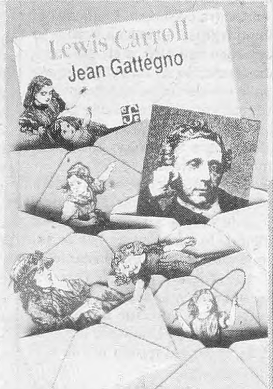
La obra de Lewis Carroll tiene de todo para satisfacer al lector actual: libros para niños, preferentemente para niñas; espléndidas palabras insólitas, esotéricas; claves, códigos y desciframinetos; dibujos y fotos; un contenido psicoanalítico profundo, un formalismo lógico y lingüístico ejemplar. Y más allá del placer actual algo diferente, un juego del sentido y del sinsentido, un caos-cosmos." Así resume Gilles Deleuze la vigencia y las múltiples lecturas a las que ha sido sometida la obra de Lewis Carroll

LEWIS CARROLL. Jean Gattégno. Fondo de Cultura Económica (1991), 420 páginas.

y que incluyen su soberbio estudio *La lógica del sentido*. Ya en 1903, Bertrand Russell había descubierto en el diácono Charles Dodgson algo más que un escritor para niños y un divertido divulgador de problemas lógicos y matemáticos.

La paradoja que refiere el triunfo de la tortuga sobre el veloz corredor Aquiles hizo famoso el nombre de Carroll entre los lógicos del siglo XX. Ese juego aparece en *Lógica simbólica*, texto firmado con seudónimo, a diferencia de sus anteriores libros de matemáticas, que exhibían el apellido Dodgson. El problema del seudónimo excede para Carroll la simple división entre obras serias e infantiles, al punto tal que al final de su vida rechazaba toda correspondencia que no viniera al nombre de Dodgson. Este es uno de los puntos centrales que se propone dilucidar Jean Gattégno en la biografía que, borgeanamente, titula *Lewis Carroll, una vida*.

De entre todos los órdenes posibles para contar una vida, Gattégno elige el más arbitrario, el alfabético. Y por esas magias del azar, al alfabeto lo lleva a trazar un camino imaginario que va desde Alicia a Zenón, dos personajes y dos emblemas que van descubriendo algunas oscuras percepciones de un escritor de la época victoriana. Por una parte, el mundo de las niñas, que está habitado por el erotismo, y al que la fotografía le permitió sucumbir: en la novela y en las fotos Carroll descubre que los niños tienen un cuerpo objeto de temor, de placer y de deseo. Por la otra, los mundos posibles que abren las nuevas geometrías no euclidianas que se están formulando a partir de la segunda mitad del siglo XX, también un universo del sinsentido y de la ampliación de la capacidad significativa de las palabras. Para decirlo de otra manera, hay bastante para ver del otro lado del espejo.

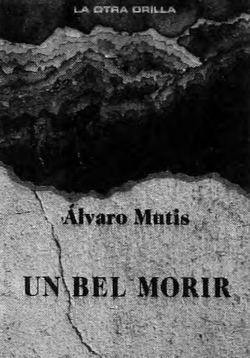


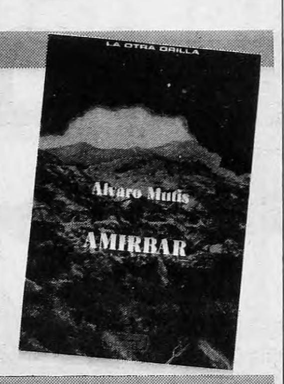
Gattégno transmite divertidamente su pasión por el divertido —a la vez que siniestro— Carroll, y recorre sus diarios, sus textos, las biografías y los estudios psicoanalíticos de que fue objeto. Así construye una imagen que no se pretende completa pero que revela en su constitución fragmentaria aspectos interesantes sobre el autor de ese libro admirable que es *Silvia y Bruno*. En un momento de biografías agotadoras por la extensión y el secreto, la indagación de los vínculos múltiples entre el diácono, el narrador, el fotógrafo, su obra y su época que Gattégno diseña es un ejercicio estimulante para retomar una obra que no desdeña la vigencia de los fantasmas de la infancia y las gozosas pesadillas de la razón.

MARCOS MAYER









FICCION

El amigo de García Márquez

Por el destino de errar que lleva en la sangre y por amor al mar, Maqroll el Gaviero se desplaza por el mundo ocupado en las empresas más variadas: vendedor, contrabandista, marino y hasta minero. Sus recorridos no sólo le deparan peligros de los que escapa muchas veces milagrosamente sino también amigos fieles, esparcidos en distintas y lejanas ciudades. Algunos de ellos, distinguidas personalidades, como el poeta chileno Gonzalo Rojas o el argentino Enrique Molina, quizá confundiéndolo con Alvaro Mutis, le dedicaron poemas que coincidentemente hablan del sol. En *Cien años de soledad*, el último de los Aurelianos, descifrador de pergaminos, se rendía todas las tardes en la librería del sabio catalán con cuatro "discutidores": uno de ellos se llamaba Alvaro y fue el primero que atendió el consejo de abandonar Macondo.

Alvaro Mutis nació no en Aracataca, como Gabriel García Márquez, sino en Bogotá en 1923. Cincuenta años más tarde reunió la totalidad de su obra poética en *Summa de Maqroll el Gaviero*. Tuvo una vez la idea de escribir el viaje final de Simón Bolívar por el río Magdalena, lo que le valió la agradecida dedicatoria de *El general en su laberinto*, quizá porque el famoso Premio Nobel colombiano compartía con el Gaviero la idea de que no hay razones de pudor o miedo que impidan contar ciertas historias secretas.

La gavia es el palo mayor de la nave. Desde esa ubicación, similar a la de Rodrigo de Triana, el marinero de Colón que avistó América observa el Gaviero Maqroll y dice sentir allí la máxima sensación de libertad, "de disponibilidad absoluta". Lo suyo no es mera contemplación sino un acto participativo. Por eso, sin atarse a ningún lugar, recorre los mares y las ciudades y llega hasta espiar las entrañas de la tierra buscando oro. Pero su mina se llama *Amirbar*, y por seguir los enigmas de lo que suele llamarse azar, le encuentra una curiosa etimología: del árabe, Al Emir Bahr, o sea, jefe de mar.

Los viajes y sus desorbitados proyectos encuentran aliados. Mujeres que dejan en su vida marcas indelebles, como Ilona Grawoska, quien reúne una imaginación tan fantástica como la del Gaviero con una férrea disciplina para reglar la aventura; hombres como Abdul Bashur, socio de empresas riesgosas que termina por contagiarse la insaciable necesidad de exploración perpetua. Por su transhumancia esencial, el Gaviero hizo de los caminos y los puertos su casa, convirtiendo así su vida en

AMIRBAR, por Alvaro Mutis. Norma, 1990, 148 páginas.
ABDUL BASHUR, SOÑADOR DE NAVIOS, por Alvaro Mutis. Norma, 1990, 190 páginas.
ILONA LLEGA CON LA LLUVIA, por Alvaro Mutis. Norma, 1992, 154 páginas.
UN BEL MORIR, por Alvaro Mutis. Norma, 1992, 164 páginas.

una suerte de *road movie* que en lugar de deslizarse por una sola ruta, abarca y relaciona mares, planicies, montañas, desiertos, países y épocas. Finalmente, en un lugar inhóspito, un puerto llamado La Plata, su acostumbrada imprevisión lo lleva a aceptar un trabajo peligroso; en *Un bel morir*, Maqroll cumple su viaje más importante, algo así como la culminación de todos los demás, que le depara la calma después de muchos terrores y sobresaltos.

Estos cuatro volúmenes, de impecable presentación, permiten que el público argentino pueda por fin conocer algunas de las aventuras del Gaviero. Las novelas se vinculan por la presencia de los mismos personajes o las notas que remiten a los otros relatos, además de las acotaciones de un sospechoso seguidor y compilador de sus andanzas. Tal vez aquel que fue el primero en darse cuenta de que no era para él el espacio cerrado de Macondo y que debía por necesidad vital surcar los mares y de ese modo explorar el misterio. Entonces, en el descanso del viaje, momento del recuerdo, se entrelazan por la fuerza del relato de los personajes, viajeros o no, disímiles y remotos imaginarios, que lejos de todo color local y sin la menor sombra de cualquier mirada exótica, anudan en la común humanidad las tradiciones más lejanas. Situándose en el riesgo, con el personal impulso que hace de todo puerto un lugar de partida más que de llegada, Maqroll logra un perfil característico propio de los grandes personajes literarios.

Ilona llega con la lluvia, Abdul Bashur, soñador de navíos, Amirbar y *Un bel morir* son esencialmente el tipo de textos que traman la vida y las pasiones en la escritura, creando un campo de ficción tan real que libera al lector de todo prejuicio —sea en contra del personaje definido, sea en contra de la historia— devolviéndole la lúcida inocencia indispensable para dejarse llevar libremente y complacido, también un viajero, por caminos extravagantes e increíbles como la vida, disfrutando el fértil equívoco entre Alvaros y Gavieros.

SUSANA CELLA

EL CAZADOR OCULTO

Carlos Corach, secretario Legal y Técnico de la Presidencia; **Mariano Grondona**, periodista.

M.G.: Esta es una pregunta numérica: seis a tres...

C.C.: El voto... Se refiere usted a (la intervención al Poder Judicial de) Corrientes.

M.G.: A la composición de la Corte (Suprema de Justicia de la Nación).

C.C.: No, no es la composición... Mire, yo le voy a decir una cosa... Usted nunca me dijo nueve a uno, ¿no es cierto?... Perdón, ocho a uno.

M.G.: No, yo le digo seis a tres.

C.C.: Y yo, por ejemplo... No se le ocurrió decirme ocho a uno, la Corte de la Provincia de Buenos Aires...

M.G.: Porque yo le estoy hablando de arriba. Yo le hablo de las posiciones claves. No me refute usted con ocho a uno.

C.C.: Usted, cuando la Corte era de cinco, no me decía cuatro a uno tampoco...

M.G.: La Corte anterior era bastante equilibrada...

C.C.: No, no... No sé si era equilibrada.

Hora Clave. Canal 9. 10 de setiembre, 22.37 hs.

* * *

Julio César Strassera, ex fiscal federal; **Marcelo Longobardi**, animador.

M.L.: Usted dijo: "(el presidente Carlos) Menem carece de las condiciones intelectuales para ejercer su cargo" (...)

J.C.S.: Bueno. Yo creo que sí. Que carece, y no tiene por qué sentirse ofendido. Yo puedo dudar de que carezca, y afirmar que las tiene. Yo le he escuchado al Presidente reflexiones... "Como dijo Nicolás Avellaneda: sangre, sudor y lágrimas"; cuando la frase era de Winston Churchill. Y afirmar que había leído todo Sócrates, cuando todo el mundo sabe que Sócrates no escribió una línea. Esto me permite a mí seriamente dudar de sus facultades intelectuales. Si se quiere ofender que se ofenda, yo no tengo la culpa.

Fuego Cruzado. Canal 9. 14 de setiembre, 23.20 hs.

* * *

Andrés Percivale y **María Laura Santillán**, animadores.

A.P.: En estos momentos me gustaría hacer más una revista, una cosa más... más de indagación. Estoy más para la conversación.

M.L.S.: Estás más para pensar...

A.P.: No. Para pensar aparte. En televisión no... En la televisión, el que piensa pierde.

Fax. Canal 13. 10 de setiembre, 19.30 hs.

* * *

Graciela Alfano y **Paqui Gale**, animadores.

G.A.: El presente es lo único que yo vivo... mi presente. Y es lo único real (...) no hay nada más. El futuro ya fue, como dijo un...

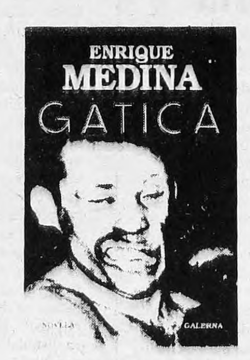
P.G: ¿Y qué estás haciendo ahora?

G.A.: Y ahora estoy siempre... Estoy siempre, porque es ahora. Siempre estoy ahora. Ahora, como siempre...

P.G.: Sí, sí. Claro.

G.A.: Estoy disfrutando. Estoy en mi persona.

La TV ataca. Canal 9. 9 de setiembre. 0.34 hs.









Pie de página ///

El aire

Autor de "Lenta biografía" y "Moral", joven argentino residente en Caracas, Sergio Chejfec recrea en "El aire", su tercera novela que Alfaguara editará en octubre, una Buenos Aires en degradación, donde el campo avanza sobre las ruinas urbanas y el vidrio se convierte en moneda de cambio. Junto con el adelanto que aquí se publica, el autor cuenta las claves de su texto.

SERGIO CHEJFEC

Un roce, bastante más suave que los escuchados en las películas de suspenso, lo apartaría de sus ideas. No oyó deslizarse el sobre; algo, una intuición, haría que —una vez dirigida la mirada hacia la puerta— comprobara la lentitud con la que terminaba de introducirse en la sala. Quien lo empujaba quizá supiera que a esa hora no solía estar en casa, razonó, de pronto intrigado ante lo difícil de otorgarle un sentido a esa casualidad. Numerosos largometrajes —"Cintas", tradujo evocando el vocabulario de la infancia— recurrían al expediente —en cierto modo aparatoso, pero también natural— de adelantar algún sobre con el objeto de suscitar misterio; sin embargo jamás había sido testigo verdadero de semejante operación.

Apenas decolorado, se recortaba oblicuo sobre la superficie del parquet marrón, ocultando todavía debajo de la puerta un vértice minúsculo; no había terminado de aparecer. Esa punta escondida incita más la curiosidad que veinte cartas juntas, reconoció; sin embargo admitía para sí que habiendo aguardado alguna señal desde hacía tanto, aunque el sobre hubiera entrado planeando por la ventana, o aparecido enrollado dentro del papel higiénico, de la misma manera hubiera enloquecido de ansiedad por leer su contenido.

La luz y su respiración, a esa hora en la que sabía estar fuera, parecían distintas: si una colmaba el ambiente con una intensidad poco habitual, la otra se desarrollaba según un orden resistente a acompañar los momentos. Tan simple como eso, murmuraba mientras se dirigía hasta la puerta. Desde el vano comprobó el palier desierto y —cosa extraña— aun el ascensor detenido en su piso. Olores a guisos, a churrascos cocidos —"hechos"— a la plancha, y a verduras hervidas provenientes de los departamentos inferiores, y ruidos que retumbaban por las escaleras, lo apartaron por un momento de su nueva distracción, del enigma del sobre, del cual sólo se acordaría al retroceder para cerrar la puerta, mientras lo estuviera pisando. Se había impreso, como si fuera un sello, parte de la suela de su zapato, cuyas marcas cubrían también la única inscripción que llevaba escrita: en el centro decía "Barroso" con una letra ni pequeña ni grande, manuscrita cursiva. Sacudió como pudo la superficie, pero de todos modos quedaron estampadas las líneas exteriores de las marcas: rectángulos reondeados, otros más largos y curvos que parecían larvas, algunos círculos pequeños; una geometría elemental aunque a la vez humana. Comprobó que el sobre estaba abierto, con la solapa introducida en su interior —admitiría casi víctima involuntaria de la redundancia—. Sin embargo, antes de abrirlo, reconociendo la letra, se lanzó presuroso hacia el balcón.

Inclinado sobre el vacío, Barroso observaría acercarse al cordón de la vereda una cabellera rubia que provenía de su edificio. Sobresaliendo un poco del suelo, parecía un punto claro en el fondo del aire —"a la distancia, los colores pierden su calidad", pensó—. Con la desorientación fugaz de quienes se lanzan de pronto a la calle, miró alternativamente dos veces a derecha e izquierda —como evaluando, urgida, qué rumbo resultaba conveniente tomar—, levantó la vista hacia los edificios de la acera opuesta, y después, como si se hubiera sentido observada, dio media vuelta y dirigió los ojos hacia el departamento de Barroso. El pudo esconderse a tiempo: desde abajo el balcón se veía como una saliente indeferenciada del resto mientras que, en realidad, su cuerpo estaba inmóvil, alerta y tranquilo a la vez, a medio metro de la baranda, desde donde divisaba la vereda de enfrente. No estaba seguro de haber sido sorprendido, por lo tanto prefirió aguardar antes de volver a asomarse.

En un departamento ubicado frente al suyo —del otro lado de la calle— descubrió a una joven que limpiaba, sobre una silla, el ventanal del living; cuando alzaba el brazo derecho —en cuya mano aferraba un bollo de papel de diario— su delantal se levantaba y descubría el comienzo de sus muslos. La mujer tuvo una intuición, encontró a Barroso mirándola y detuvo su labor, alerta, ante lo cual él, sintiéndose inexplicablemente en falta, volvió a asomarse por la baranda. Hacia un costado no distinguía nada que le llamara la atención; sin embargo, hacia el otro, por la vereda de enfrente, vería aproximarse a la esquina, con paso rápido, la cabellera rubia y el pequeño cuerpo de Benavente. Después dobló; se perdió para la vista de Barroso. Comprendió entonces que correspondía enterarse del contenido del sobre. Antes de entrar a la sala recordó a la joven de la limpieza: se había desprendido los botones delanteros del uniforme hasta más arriba de la cintura, mantenía el brazo en alto mientras sin moverlo hacía como si frotase el vidrio, moviendo las rodillas y las caderas, subiendo y bajando, como si la mano estuviera unida a la ventana y el papel hiciera las veces de bisagra. Mientras tanto miraba a Barroso, que tenía los ojos clavados en su entrepierna, cubierta apenas por una blancura luminosa. Evidentemente, eran movimientos imposibles, y no obstante alcanzaban una sensualidad particular. Se detuvo, agitada, y estampó sus labios contra el vidrio en un beso prolongado, lamiendo con ansias la superficie. Estos actos inequívocos, aunque al mismo tiempo impunes merced al vacío que se interponía entre ellos, desconcertaron a Barroso y le hicieron suponer que estaba siendo objeto —aunque pareciera lo contrario— de una broma inocente. Entonces le sonrió sin saber muy bien qué cara poner, y volvió al interior del departamento.

Creía haberla dejado sobre el bahiut del living y, sin embargo, la carta ya no estaba ahí. Recorrió los muebles y el suelo con la vista, en vano; volvió al balcón, en donde sólo había polvo y hollín esparcidos y unos canteros con tierra seca y agrietada. Otra vez en la sala, confundido, observó las cosas con mayor atención. Fue hasta la cocina, pero el sobre no aparecía por ningún lado. Inmediatamente abrió la puerta de entrada: el ascensor seguía allí. Se quedó inmóvil, absorto, dudando por unos momentos de la existencia de la nota. Sin embargo resultaba claro que sus impresiones, y la evocación inmediata de la silueta menuda llegando a la esquina, eran demasiado evidentes para representar una mera ilusión. Así fue como Barroso empezó a buscar debajo de los muebles.

Agachado, después en cuatro patas, con el costado de su cara sobre el piso marrón, descubriría al fondo del diván la mancha blanca representada por el sobre. Extendió el brazo sin alcanzarlo. Por lo tanto se acostaría sobre el parquet, boca abajo, y tendría que introducir incluso el hombro. Por fin logró sujetarlo contra el piso mientras se levantaba con dificultad. Acabó agitado por el esfuerzo, sentía la cabeza palpitar agobiada por un peso intolerable, y pensaba que una ráfaga de corriente lo habría empujado. Entonces observó de nuevo las marcas de su pisada, y del lado de atrás vio también cómo unas rayas de suciedad más oscuras que otras representaban los dedos propios en el esfuerzo de rescatarlo. Adentro había una pequeña hoja doblada en dos, y en ella un breve mensaje escrito con esa misma letra que antes o después habría puesto "Barroso": "Me voy a Carmelo. No me sigas. Más adelante voy a escribirte". No había firma, cosa para él innecesaria; había reconocido la letra de Benavente.

La ciudad en la memoria

Si las pretensiones no estuvieran casi siempre reñidas con la literatura, diría enfáticamente que *El Aire* ha pretendido, entre otras cosas, ser una novela alusiva a Buenos Aires. Esta intención ya se postula a través de su nombre, acaso de manera difusa, pero por lo menos más claramente que si le hubiera puesto "El Bueno". Y, sin embargo, los dos títulos estarían en igualdad de condiciones para emblematizar el libro, por cuanto si por un lado "El Aire" alude a un ambiente físico preciso pero también, como todo aire, ocasional, es cierto que "El Bueno" postula una personalidad individual absolutamente reductible a la del personaje —llamado Barroso—. Pero por algo preferí establecer relaciones con el ambiente y no tanto con el protagonista, ya que aquél es la materia donde éste reclama su individualidad y en cuyo seno inevitablemente se atenúa.

En otro sentido "El Aire" también fue el aire que respiraba, y respiro, desde que vivo lejos de la Argentina. Comencé a redactarla en julio del '90, cuando me resultaba tangible que un sentimiento alejado de la nostalgia y también carente de plenitud desmentía las previsiones: no era extrañar pero tampoco vivir, era pertenecer a una dimensión de la realidad profundamente autónoma e individual. A esta zona de incertidumbre se sumarían áreas menos esquivas si se trata de contemplarlas: la experiencia de la desolación y la fragmentación de la ciudad, cuya degradación destruye incluso la promesa filológica de sus ruinas. Como ya no podía observar, me era dado predecir.

Entre aquel futuro ruinoso y mi, por temporadas, esporádica tarea de redacción, reencontré en numerosos libros argentinos justificaciones no sólo para el pesimismo sino también para admirar, acaso tardíamente, la honrosa aspiración a interpretar el mundo, el escenario, en donde nos ha tocado transcurrir. De allí las inocentes obsesiones del Bueno, que antes fueron mías, distintas pero elementales, al pensar en su país, su ciudad (digo país en su sentido más lato y geográfico, menos estatal). La realidad se agostaba, y como señales obtusas del sueño que, como sabemos, la vida siempre es, llegaba a mis manos la prensa, de donde extraía con ansias unas formas al final siempre incompatibles con mi recuerdo. De esta materia espiritual, o sea evanescente y redundante, y ominosa está hecho *El Aire*.

S.C.